

**QUINTO DOMINGO DESPUÉS DE EPIFANÍA**  
**8 de febrero de 2004**  
**Lucas 5, 1-11**  
**“Pescadores de hombres”**

***Jesús, ¿un predicador proselitista?***

Entremos en materia sin rodeos: el Jesús que promete convertir a sus discípulos en “pescadores de hombres”, como lo afirma el v. 10 de este relato, se acerca mucho a esos grandes predicadores que parecen tener una atracción magnética capaz de levantar a grandes masas para seguirle. Desde luego, no sé si sería ésta la intención del relato, pero la imagen de una red que se rompía --de llena que estaba de peces--, asocia la “pesca de hombres” con la de las masas de seguidores cautivados por un “líder”.

Pero aunque tal no fuera la intención de esta narración, la expresión de Jesús sí suscita otra cuestión importante, sobre todo porque hoy día somos muy susceptibles respecto a ella. Por supuesto, me estoy refiriendo a la manipulación de las conciencias humanas. ¿Acaso no defiende Jesús una acción intrusiva en las vidas y conciencias de otros hombres, para atraerlos a su causa? ¿Tiene derecho Jesús, o cualquiera, a interpelar a otros hombres a un cambio de vida y de convicciones, y a seguirle sin más? O sea, **¿tiene alguien derecho a decir a otras personas cómo deben vivir?** ¿No es esto lo que llamamos proselitismo? Los griegos llamaban *prosélytos* al converso, de modo que, en su sentido más puro, hacer proselitismo es llamar a otros a la conversión. Pero, ¿podemos hoy, en la iglesia del siglo XXI, seguir hablando de “convertir” a otros? ¿Es acaso una experiencia que debemos conservar, hasta el punto de que siga siendo clave en la experiencia de fe?

***Llamar a la fe es exponer la vida personal***

Hace un tiempo me topé con un artículo muy interesante escrito por el capellán de una universidad. Decía su autor que, en cierta ocasión, se le acercó un estudiante para pedirle que le enseñara a predicar como él. Nuestro hombre se negó en rotundo, alegando que cada uno debe encontrar su propio camino, y que él podría darle ciertas bases o fundamentos, pero no hasta el punto de hacer de su alumno una copia suya.

Sin embargo, este capellán, tras la entrevista, se preguntó a sí mismo por qué le había dado tal respuesta: ¿por qué no era capaz de decir como Pablo “sed imitadores de mí” (1Cor 11, 1; Ef 5, 1; Flp 3, 17; 1Ts 1, 6)? Se dio cuenta, entonces, de que más que respetar la libertad del otro --en este caso, del estudiante--, lo que ocurría es que le daba miedo el seguimiento de cerca que la llamada a la conversión puede traer consigo. Su sentido moderno de privacidad le impedía aceptar que un extraño pudiera acercarse demasiado.

Sin duda, creo que esta historia es muy pertinente para entender el relato de Lucas, y de paso su significado para nosotros. Jesús predica a las multitudes, pero, curiosamente, los relatos de vocación (o llamamiento) son mucho más íntimos y cercanos. Y el de la pesca de Lucas es uno de estos relatos. En él, Jesús predica a las multitudes desde una barca y cerca de la orilla (v. 3), pero después se va “mar adentro” --esta expresión, en el contexto de un laguito en forma de pera de 21 x 12kms (en su parte más ancha), tiene chiste--, y es entonces, una vez la multitud ha desaparecido ya del horizonte, que se produce la vocación de Simón Pedro. Los “milagrosos” multitudinarios están interesados sólo en las masas y los beneficios de su favor, pero Jesús, porque ama a la multitud no como un abstracto sino genuinamente, casi siempre acaba buscando el tú a tú, o el círculo más estrecho de algunas casas, familias, etc. En definitiva, Jesús es capaz de exponerse, de mostrar quien es, sabiendo que puede causar una impre-

sión realmente cautivadora en no pocas personas. Tal impresión conlleva, obviamente, un seguimiento de cerca que, a la larga, podría resultar comprometedor. Pero Jesús no rehuye este efecto, sino que lo asume y lo busca. ¿Será que se siente muy seguro de sí mismo? ¿Será que su vida es tan coherente que no teme exponerse al seguimiento cercano?

Obviamente, en la mentalidad de Jesús juega un papel determinante su concepción de la relación Maestro-discípulo, que obliga a una estrecha convivencia. Nuestro problema moderno, esto es, nuestros escrúpulos respecto a manipular las conciencias, tiene mucho que ver con nuestro abandono de la relación Maestro-discípulo. Evidentemente, es relativamente fácil caer en manipulación desde los impersonales ámbitos de la cátedra o el púlpito, o de cualquier palestra pública, especialmente los medios de comunicación. Pero **no es fácil manipular a otros cuando la propia vida de uno está expuesta a los seguidores**. En esta relación de estrecho seguimiento, la enseñanza de uno, o la fe de uno, es puesta constantemente a prueba por la mirada escudriñadora del discípulo.

Pero no se trata sólo de que la vida de uno quede expuesta a la de otro, con las consiguientes “molestias” que ello pueda representar. Sino que, además, tal apertura lleva, casi seguro, a una vinculación estrecha entre el Maestro y el discípulo; o sea, a una relación de profundo amor que une a personas biológicamente ajenas. Tengamos en cuenta que, aunque podamos afirmar que Jesús amó al mundo entero, lo cierto es que lo sabemos con certeza porque fue capaz de amar a unos pocos seguidores o discípulos con todas sus limitaciones (véanse las narraciones de incomprensión de los discípulos). Con ellos llegó hasta el final, y por ellos llegó hasta el final, a pesar de su traición. En definitiva, **el gran cautivador fue cautivado por el amor a sus seguidores**. ¡Esta es la diferencia con un embaucador!

### *Cautivadores cautivados*

Por todo lo dicho anteriormente, yo respondería a nuestras preguntas iniciales diciendo que, efectivamente, no tenemos ningún derecho a intentar cautivar las conciencias de terceros; no tenemos derecho a intentar convertir a nadie..... Porque el derecho a cautivar a otros hay que ganárselo; hay que ganárselo exponiéndose a los demás, dejando que otros puedan meterse en nuestras vidas y en nuestros corazones. En otras palabras, **no tenemos derecho a cautivar o interpelar a nadie, a menos que estemos dispuestos a dejarnos cautivar e interpelar por las vidas de otros**. Quizás, entonces, cuando estemos dispuestos a abrir nuestras vidas a quienes pudieran responder a un llamamiento de fe, podamos anunciar la fe de verdad, y ser pescadores de hombres.

Pienso que en la actualidad los hombres y mujeres, creyentes o no, vivimos muy solos con nuestras conciencias. Éstas parecen el destino a proteger de determinados “mensajes sospechosos”, o de ciertos métodos dudosos capaces de mover determinados hilos psicológicos que nos pueden cautivar. Pero también creo que el hombre y la mujer de hoy necesitan salir de tal aislamiento, y tomar conciencia de que no son sólo conciencias andantes, sino seres fraternales que necesitan vincular sus vidas a otros. Quizás sea por este anhelo interior que muchos han caído incautamente en las redes de predicadores desaprensivos. Pero ésta es una razón de más para que los creyentes nos dispongamos a ser pescadores de hombres, esto es, a anunciar el genuino Evangelio, que no es otro que la buena noticia que nos predispone para abrir nuestras vidas a los demás, y dejarnos cautivar por ellas. Amén.

Pedro Zamora, El Escorial (Madrid)  
pedro.zamora@centroseut.org